

Solemnidad. Domingo de Pentecostés.
Rosalino Dizon Reyes.

En cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común (1 Cor 12, 7)

Jesús exhala su Espíritu sobre los discípulos para que vivan en comunión unos con otros, con él y su Padre.

Jesús sabe lo que ellos necesitan antes de que se lo digan o admitan. Pasa por puertas cerradas y penetra los secretos del corazón.

Nada más ponerse, pues, en medio de los suyos, el Maestro les saluda: «Paz a vosotros»—como si, siempre valientes, nunca se hubieran amilanado ante su pasión atroz. Y les enseña las manos y el costado—como si ellos, siempre sabios, nunca hubiesen sido reacios a creer en un Mesías sufriente. No abriga sentimientos recriminatorios; está allí para llenarlos de alegría, y no de remordimiento que los abata aún más.

Les desea la paz de nuevo. ¿Acaso lo hace esta vez para que ellos recuerden con cariño una misión preparatoria de paz y proclamación del reino emprendida por ellos antes y de la cual volvieron contentos porque hasta los demonios se les habían sometido en nombre de Jesús? Pero lo cierto es que a los escondidos se les manda salir: «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Dicho esto, el que acaba de perdonar a los discípulos la infidelidad y la cobardía ahora les comunica su Espíritu y les da el poder de perdonar pecados y también de retenerlos, por si a este medio se ha de recurrir para alcanzar el fin, a saber, el arrepentimiento y el perdón.

Es que la misión definitiva que se nos confía es de reconciliación y comprensión mutua. Tenemos que salir de nuestras seguridades e ir a los dispersos por el mundo, a los en las periferias especialmente, para compartir con ellos un solo Espíritu, que éste siga estallando en llamas que posen sobre toda humanidad.

Los humanos somos hembras y varones, jóvenes y ancianos, pobres y ricos, de diferentes pueblos y naciones, culturas y lenguas, pero juntos podemos formar un solo cuerpo. Tenemos necesidad del Espíritu Santo que nos capacite para esta misión de la unidad en diversidad, para procurar en colaboración la comunidad de discípulos de un solo pensar y sentir, tan amigos unos de otros que ninguno de ellos pasará necesidad, de personas que se quieran entre sí, como hermanas y hermanos, y a los pobres, como sus señores (X 680).

El egoísmo construye torres de confusión, no comunidades, incluso tomando el medio por el fin. Nos es imprescindible el Espíritu de entrega abnegada de Jesús; es indispensable que vayamos recordando la pasión de Jesús y nos fijemos en sus manos, costado y pies, en el pobre llagado.

Con permiso de somos.vicencianos.org